

supondríamos que es él el primero que lo ahonda, y que nadie después de él podrá volver á tocarlo siquiera.

En la primera parte de la *Leyenda de los siglos*, Víctor Hugo interrumpe sus divagaciones filosóficas y se dedica á buscar el elemento dramático y el colorido de los paisajes históricos. Su inspiración se acerca á la de *Los mártires* ó *Atala*. La diferencia es que el tiempo ha pasado desde los primeros años románticos, que la necesidad de la exactitud en el color local se ha impuesto, que el realismo se ha infiltrado hasta donde jamás crearíamos que consiguiera infiltrarse, y que no puede existir comparación, desde este punto de vista, entre las *Orientales*, y, por ejemplo, *La rosa de la infanta*, donde aparece el precioso cuadro que todos llaman velazqueño, pero donde hay algo más delicado y psicológico que en Velázquez, algo sólo comparable á los mejores sonetos de Heredia. Esta clase de labor, realista y poética á la vez, es siempre excepcional en Hugo; y su existencia basta para demostrar que, á pesar suyo, parcialmente, el representante de la resistencia romántica paga tributo á la evolución de la literatura. Igual curiosa transformación involuntaria encontraremos en sus novelas de la misma época, las correspondientes al período de transición, en que Hugo, creyendo luchar por la libertad y el progreso, lucha por sostener el pasado y cerrar con él el camino, no sólo á lo presente, sino á lo que después asoma con fórmulas de libertad excesiva y absoluta.



XIII

La crítica: su importancia creciente. — Teófilo Gautier: orígenes del impresionismo. — Sainte Beuve: su servidumbre y emancipación. — Su elasticidad. — Influencia de Vinet. — Sainte Beuve impopular. — La política. — El método de Sainte Beuve.

DURANTE la transición, la crítica, no sólo evoluciona, sino que cambia profundamente, porque deja de ser dependiente: adquiere el valor sustantivo de la obra de creación, y pretende además convertirse en ciencia. Puesta hasta entonces al servicio de dos escuelas en lucha, ó al de los intereses sociales que representa la moral; arma de combate, baluarte de las teorías—al disgregarse el romanticismo y empezar á prevalecer la noción de que sobre la estrechez dogmática y exclusivista de los sistemas están la libertad y el vigor de los temperamentos artísticos, la crítica, á su vez, aprovecha esta desvinculación fecunda, y ahondando ó remontándose, se embebe de arte, de sentimiento, de filosofía y de realidad.

Mejor se definirán semejantes tendencias cuando, más tarde, la aparición de una escuela ambiciosa, exclusivista, de pretensiones dominadoras, el naturalismo, impulse á la crítica á darse cuenta de la extensión de sus conquistas y de la tarea que le incumbe, de defender fórmulas amplias, donde quepan toda la belleza y complejidad, y hasta toda la miseria y dolor del hombre. Puestos á definir los caracteres esenciales de la crítica desde la transición, diríamos que son un ansia insaciable de asimilarse é interpretar todo esfuerzo artístico, y, al través del arte, todo fenómeno humano, y un propósito de fundamentar los juicios literarios y artísticos sobre la base de los conocimientos adquiridos, la riqueza infinita de la indagación realizada. Y son las dos corrientes: la intuición y la erudición.

Sin duda, el género que más prosperó, en los dos últimos tercios del siglo XIX, fué la crítica. Los nombres ilustres que la honran ya no son secundarios, como los de la época imperial y de la Restauración; entonces, si es cierto que los más insignes también se metían á criticar, hacíanlo en defensa de sus propias obras. Durante la transición, empiezan los nombres de los críticos á nivelarse con los de los creadores, y aquel desdén militante contra los Zoilos y Aristarcos (desdén en que entraba no poca parte de afectación), va convirtiéndose en respeto y en admiración legítima.

Los maestros de la crítica que van á surgir—excepto Sainte Beuve, que es de la misma

generación que Víctor Hugo, un año más joven—nacen cuando el romanticismo se alza invasor y triunfante: de 1823 á 1829. Su labor se cumple, pues, dentro del período de transición y del realista y naturalista, del año 45 á la guerra franco-prusiana.

Al tratar del naturalismo, habremos de volver á encontrar á algunos de ellos; pero si consideramos la transición desde su verdadero punto de vista de época fertilísima en direcciones, tendencias y escuelas varias, todavía no fraccionadas atomísticamente por el egoísmo anárquico, en ella habremos de emplazar las figuras de los grandes críticos literarios, revestidos con el arnés de la erudición filosófica, la ciencia positiva, y, sobre todo, con el sentido, ya despierto, de las profundas realidades humanas y sociales á que la obra de arte responde.

Nótese que la obra de arte había sido juzgada como algo externo, desligado de su autor; la crítica va á empezar á establecer relación estrecha, la misma que estableció la naturaleza, entre ambos datos, y á buscar, al través de la obra de arte, acaso con sobrado exclusivismo, al hombre.

No todos, sin embargo, de los que modificaron en aquel período la doctrina estética, sintieron esta curiosidad ardiente y caritativa del alma humana. Si recordamos lo que hemos dicho de Teófilo Gautier y cuyas ideas estéticas, realmente, quedan ya reseñadas en el anterior capítulo, veremos hasta qué punto su crítica, unas veces formulada en crónicas y folletones,

otras expresada en sus versos, se diferencia de la de un Sainte Beuve, y no digamos de la de Taine. Mientras éstos escrutan la psicología, y no sólo la psicología, sino los riñones y las vísceras, Gautier quisiera convertir la carne en mármol, desdeñoso de sus bajas funciones y sus ínfimas necesidades fisiológicas; prendado únicamente de lo hermoso, lo inalterable, lo perfecto de la forma, de la labor artística intensa y tenaz. Según Gautier, la psicología del artista que labró la Venus de Milo nos es indiferente; sólo nos importa la obra, la Diosa erguida en su peana, y que, como dice Pablo de San Víctor, pertenece á la raza lapidaria de Deucalión, y no á la progenie de sangre y lágrimas de Adán. La Belleza, para Gautier, es la gran impasibilidad luminosa del arte eterno. Y el arte paga tributo á la exigencia científica por el cultivo de la técnica, por la selección justa de las palabras con que ha de expresarse el pensamiento, y, en poesía, por la perfección impecable de la rima; al trabajar con tanta lealtad, se busca lo que Teodoro de Banville llamaba «ciencia profunda, sólida y universal», y sin la cual no creía que se pudiese ser poeta.

Incapaz de adaptarse á los procedimientos de sutil análisis de un Sainte Beuve, resuelto mientras vacilaba Sainte Beuve, Teófilo Gautier, al hacer crítica propiamente dicha, seguía la corriente de su inclinación y de su gusto, sirviéndose de los recursos de las artes plásticas. Sobre el tema de un cuadro ó de una estatua, creaba él otra estatua ú otro cuadro; y al tratar de ver-

sos ó prosa, en vez de disecarlos, pintaba con la pluma su contenido y su relieve.

En Gautier está, pues, contenida virtualmente la crítica individualista y la impresionista; el crítico recibe de una obra de arte profunda vibración de la sensibilidad, y con arreglo á esa sensibilidad íntima, propia, sin ley, habla de aquella obra de arte, no ajustándose al valor y significado que el común juicio pudiera atribuirle, sino según el choque sufrido, y las prolongaciones y ondas que en su interior ha determinado.

Tal es, en rigor, la verdadera crítica romántica, y aunque se ha dicho que en ella se procedía por admiración, la verdad es que en el impresionismo cabe la admiración, pero también la negación furiosa. Cuando un famoso literato español, á la hora de la muerte, confiaba aquel secreto de su repulsión y aburrimiento ante la *Divina Comedia*, formulaba un juicio impresionista.

Releyendo ahora el prólogo de *La señorita de Maupin*, escrito en 1834, encontramos en él todo el dogma crítico de Gautier, ó mejor dicho, toda su herejía libertaria, envuelta en la divertidísima diatriba contra la escuela de la moralidad... Y es curioso ver como transcurrido un tercio de siglo, Gautier, el inmoralista, ante la patria invadida por el extranjero, se esfuerza en vindicar á Francia de la nota de nación inmoral y escandalosa.

Ante todo, Gautier protestaba contra la idea de la distinción entre lo útil y lo inútil.—La li-

teratura se cuenta entre las cosas que declara inútiles el vulgo, pero Gautier no cree que existan tantas cosas útiles sobre la faz de la tierra, empezando por vivir, cosa cuya utilidad no demostrará sabio alguno. Lo útil es lo feo, porque lo útil responde á necesidades materiales humanas, innobles y repulsivas. Tal es la protesta de Gautier contra una de las tendencias de su época, el fin docente en el arte.

Y como buen romántico impresionista, cree más que en los críticos, en los autores; les considera más capaces de juzgar las obras. Si Lamartine ó Chateaubriand, nos dice, hiciesen crítica, comprendo que la gente se pusiese de rodillas, que les tributase acatamiento. ¿Pero á los señores X, V y Z? De estos hace Gautier un retrato en caricatura: plagiarios, pesados, ignorantes de la gramática y hasta del idioma, sin gusto y sin medula... Y sin embargo, ya escribía Sainte Beuve, y había nacido Taine.

No obstante, si de una idea crítica se ha de juzgar por su eficacia, por la huella que imprime y el surco que abre, hay que confesar que el impresionismo de Teo ha cundido, y todavía cunde hoy, reinando generalmente en las críticas diarias de la prensa, recogidas luego en libros. Nadie contará la progenie del gran pintor de la palabra, numerosa comb las arenas del mar; por desgracia, sus discípulos no se le asemejan en el arte de transformar la impresión recibida. Han tomado de él lo fácil, el dejarse llevar de la sensación, el criticar con los nervios, con el mal humor, con la simpa-

tía ó la antipatía, y no digo con la envidia, porque no era envidioso Gautier, aunque sus descendientes lo sean; pero mal pudieran imitarle en aquella su maravillosa aptitud para rehacer la obra juzgada, bocetando otra quién sabe si tan hermosa, proyectando á lo exterior lo extraordinario de una organización y de unos sentidos que enciende la belleza en fuego vivo.

Al hablar de Sainte Beuve, experimento impresión de semejanza entre la obra total de este crítico y la de Balzac, el novelista. Consiste, á mi ver, tal semejanza, en la riqueza documental, en la vasta galería de retratos, el caudal de vida, y el sentido épico, pues ambos son, sin duda, historiadores, aunque de ello no hagan profesión. — Me refiero al conjunto, y salvo todas las diferencias de temperamento y de estilo, que saltan á la vista.

Sainte Beuve era de familia modesta; su padre tuvo aficiones intelectuales y literarias. En la adolescencia, la sensibilidad de Sainte Beuve se revela exaltada y sus creencias religiosas lo mismo. Nacido en provincia, en Boulogne-sur-Mer, pasó á París á completar sus estudios. Algún tiempo siguió la carrera de medicina, y más tarde, en su crítica, aparecen señales de esta influencia, frases anatómicas, reminiscencias clínicas. Para Sainte Beuve la crítica es «un curso de fisiología moral».

Suele emplearse, y se ha empleado ya hasta la ignominia refiriéndose á la crítica, la metáfora del escalpelo. Al pensar en Sainte Beuve, transfuga de la cirugía, no se puede menos de

evocarla. Si Teófilo Gautier pintaba con la pluma, Sainte Beuve disecaba, y disecaba hasta al pintar, que también sabía hacerlo, aunque no con la pasta y el colorido del autor de *Lespirita*.

A los veinte años renunció a la medicina y se consagró a las letras, escribiendo en *El Globo*. Esta labor es la que ha sido coleccionada bajo el título de *Primeros lunes*. Inferior a lo que después produjo, descubre, sin embargo, ya completas las dotes peculiares del autor, que luego desarrolló tan cumplidamente. En esos artículos, que Sainte Beuve al pronto no quería reimprimir, desdenándolos, pues sólo al fin de su vida autorizó la publicación, existen ya la erudición discreta y como velada por gasas de buen gusto, y la insaciable curiosidad de las cosas del arte y del espíritu, vistas al través de los caracteres, las pasiones y los tiempos. Asoma, aunque todavía en la penumbra, el precursor de Taine.

Descúbrese en esta colección de primeros escritos la afición de Sainte Beuve a escudriñar en Memorias y Confidencias los móviles escondidos y verdaderos de la labor literaria, y le vemos en medio del torbellino romántico, que también le arrastra, contenerse y juzgar atinadamente las exageraciones, las afectaciones, que no perdonó ni a Víctor Hugo. Y notamos también el arte de insinuar la restricción bajo el elogio; de ser siempre dueño de sí, a mil leguas de la crítica, extática y balbuciente como una oración, de los románticos genuinos.

En sus campañas de *El Globo*, Sainte Beuve se puso en relación con los intelectuales ilustres: Merimée, Jouffroy, Cousin, Villemain, Rémusat. Aunque sin entusiasmo, figuró entre los adeptos de la escuela doctrinaria. Poco después, y por efecto de los artículos que consagró a las *Odas y baladas* de Hugo, se conocieron él y el poeta, y, el mismo crítico lo confiesa; durante cierto período, enajenó voluntad y juicio «por efecto de un sortilegio». Sobre el tal sortilegio se ha hablado mucho, y tan claramente, que no hay temor de incurrir en indiscreción. Sainte Beuve era mujeriego y enamorado, y hay quien supone que la pasión de su vida la representó acaso Adela, la joven esposa del autor de *Hernani*. Otros creen que fuese Adela solamente un episodio más, entre muchos y varios. No tenía, sin embargo, Sainte Beuve exterioridad de Tenorio: era feo y gordete.

Sea como quiera, en la correspondencia de Sainte Beuve y en sus versos, como en la no muy entretenida novela *Voluptuosidad*, hallamos vestigios de complicaciones sentimentales que coinciden con la etapa de su diaria asistencia al Cenáculo y su estrechísima, fraternal intimidad con Hugo. Y aquel momento fué también el que se ha llamado de su conversión al catolicismo.

En *El Globo* había aprovechado el roce intelectual; en el Cenáculo el hervor artístico. No había mejor escuela para quien había de ejercer la crítica. Un tesoro de observaciones, una

mina inagotable de recuerdos y de anécdotas, una educación admirable del juicio, depurado por la misma exageración ambiente, que el sentido crítico reprueba y ridiculiza.

Sin embargo, al pronto y por bastante tiempo, sabemos que Sainte Beuve permaneció alistado en las filas revolucionarias; como que se propuso entroncar á los románticos de 1830 con Ronsard y la Pléyade, para que tuviesen su árbol genealógico como cada hijo de vecino. No habremos olvidado tampoco que realmente Ronsard era más bien un clásico.—Pero en medio de su adhesión á la nueva escuela, conservó Sainte Beuve su transigencia, su ductilidad. No sería él quien injuriase á los padres del clasicismo, quien les tratase de pelucones y de fósiles.

La señal más clara de su penetración fué que, cercado de románticos, vinculado á Hugo por el «sortilegio», no quiso nada con el drama y guardó sus elogios para la poesía lírica. Y nótese que el anhelo de Sainte Beuve era ser poeta lírico, y estaba realizando su encarnación en el personaje imaginario del vate tísico José Delorme.

También en aquel momento, rezumando romanticismo, sentía la inquietud religiosa, acerca de la cual escribió á su constante amigo el abate Barbe: «Después de bastantes excesos de filosofía y duda, espero haber llegado á creer que aquí abajo no se descansa sino en el catolicismo ortodoxo, practicado con inteligencia y sumisión.» Este estado del alma tiene

su fecha, el año 1830, y aun tardó algún tiempo Sainte Beuve en volver á acordarse de que era discípulo de Dupuytren, Destutt Tracy y Condillac, de que había mamado del mismo pezón materialista. Por entonces, bajo el influjo de la pasión y del sufrimiento, publicaba su segundo tomo de poesías, titulado *Consuelos*.

La revolución de Julio impulsó á Sainte Beuve hacia la política. Todos atravesaron esta etapa, empezando por Hugo y Lamartine; pero Sainte Beuve, que no tenía capacidad de ilusión para soñar altísimos puestos, como andando el tiempo soñaron los dos poetas, y Lamartine realizó, mostró en el terreno político, no esa actividad rectilínea que acaba por imponerse al fanatismo de las masas, sino la ágil y movable curiosidad intelectual, el interés por las manifestaciones del pensamiento, donde quiera que asomen. Peregrino al través de las ideas y los sistemas, sin domiciliarse en ninguno, recorre Sainte Beuve comarcas exóticas trabando conocimiento, nuevo Gulliver, con pigmeos y gigantes.

Todos quieren catequizarle, pero no era fácil empresa, á pesar de que en tal fecha, según confesión propia, «el crítico no había nacido en él todavía». No lo consigue Pedro Leroux; no lo consigue, á pesar de algunas concesiones y apariencias, Saint Simón; menos Enfantin; no lo logra el batallador y aristocrático Armando Carrel; no el vehemente y concentrado Lamennais; y tampoco lo habrán de conseguir los salones, influencia más insinuante,

más sinuosa, más en armonía con la personalidad complicada de Sainte Beuve. Y digamos la verdad. Una inteligencia realmente crítica lleva en sí misma el germen indestructible de la independencia intelectual. Puede una inteligencia crítica prestarse, pero no se entrega, y menos se esclaviza. Hasta los sortilegios no logran dominarla sino de un modo transitorio, y sin que ignore que anda por medio brujería.

Se ha repetido mucho que la condición de Sainte Beuve era femenina, maleable y permeable, y que toda convicción virilmente expresada abría huella en su espíritu. Así sucedía un momento; pero poseía Sainte Beuve el don de elasticidad. Cribaba las ideas y soltaba el residuo. Pareciendo ceder, y hasta entusiasmarse y colorearse vivamente al rayo rojo ó dorado que caía sobre él, resguardaba—como sucede también á la mujer—lo interior, el santuario. Además, á fuer de fino enamorado del buen gusto y la mesura, las actitudes violentas y excesivas, las afirmaciones y los arrebatos, le escandalizaban. Tal le sucedió con *Las palabras de un creyente*, de Lamennais. El salto mortal desde tendencias un tanto democráticas al radicalismo, le aturdió, y sus consejos al sacerdote rebelde á la Iglesia fueron los que le hubiese dado el más grave y piadoso Obispo. Y por eso Lamennais, más tarde, con resquemor de agravio viejo, osó decir que los escritos de Sainte Beuve no eran sino parloteo ingenioso. Y hoy, los escritos de Lamennais son los que yacen olvidados; esos escritos que un momen-

to, merced á la política de circunstancias, parecieron formidable ariete, que alarmaron al Pontífice, y que volvían locos á los cajistas de la imprenta, trémulos, como si estuviesen componiendo un Evangelio redentor.

Hay que distinguir en la obra total de Sainte Beuve. Los versos, la novela *Voluptuosidad*, y acaso el mismo *Port Royal*, donde hay tanto de la vida íntima del autor, de sus amores, sus creencias y descreimientos, no resisten al tiempo como la labor del crítico y del historiador literario.

Si hemos de creer á los que parecen bien informados (por ejemplo, al autor de *Sainte Beuve y sus desconocidas*), y creerles más en lo que insinúan que en lo que narran, diez años duró, en Sainte Beuve, la repercusión del sortilegio consabido. Todo se explica por él: las melancolías verterianas de *José Delorme*, la crisis de fe y de resignación que dictó *Los consuelos*, el análisis autobiográfico y los enredijos sentimentales de *Voluptuosidad* y el rezago de misticismo que llevó á Sainte Beuve á explicar, ante los estudiantes suizos, la vida y las ideas de los austeros solitarios de Port Royal. Desde el año 30 al año 37 gira el alma de Sainte Beuve sobre el eje de un amor que, aun no pareciéndose en sus arrebatos al de Antony, no deja de ser romántico puro, del romanticismo eterno, que no depende de escuelas ni sistemas literarios. Al sobrevenir el enfriamiento y la ruptura de la íntima amistad con Víctor Hugo, es cuando las creencias religiosas de

Sainte Beuve se extinguen del todo. La resistencia de la fe, ó al menos del sentimiento que no quiere morir, la representa *Port Royal*.

En el curso de este largo estudio, Sainte Beuve hizo exploraciones por terrenos nuevos y se puso en contacto con elementos protestantes. Ciertamente, el protestantismo, igual que el sansimonismo, no se avienen con la índole del talento de Sainte Beuve. No le concebimos puritano ó jansenista. Pero de eso, como de todo, recogió únicamente lo que necesitaba en aquel momento para el punto de vista de su tema. Y aquí aparece en escena un personaje nuevo, á quien Sainte Beuve conoció en Lausana, formando parte del auditorio, que todo se volvía oídos para sus conferencias. Llamábase Alejandro Vinet y era pastor protestante. No ha salido su nombre, á decir verdad, de la penumbra, á pesar del magnífico elogio que de él hizo Brunetière, proclamando que no hay historiador literario á quien tanto deba, y que justamente ha dejado de leer sus libros al caer en la cuenta de que, siempre que él, Brunetière, concebía una idea, se encontraba con que á Vinet ya se le había ocurrido antes.

Reconocido como maestro por Brunetière, el pastor suizo lo había sido también por Sainte Beuve. Alejandro Vinet no fué, ensálcenle cuanto quieran sus amigos y discípulos, un gran escritor. No lo fué ni en la forma, ni acaso en el fondo, y Brunetière lo reconoce, viendo en Vinet á uno de esos hombres que tienen la propiedad de fecundar el campo literario sem-

brando en él puntos de vista que luego no les es posible desarrollar, y que otros recogen y aprovechan. Pensador en el terreno de la crítica literaria, Vinet concibió el plan y trazó el boceto de la historia de la literatura francesa, historia que Sainte Beuve (en opinión de Brunetière), á fuerza de huronear y pescudar, más enredó que esclareció. Supo Vinet sintetizar, con elevación de concepto, el curso de una literatura dos veces desviada de su cauce, en el siglo XVI por el Renacimiento pagano, por la Enciclopedia atea en el XVIII. Porque—y he aquí lo que distingue á Vinet de tantos críticos, del mismo Sainte Beuve, tan superior á él en facultades—para Vinet había una ley, una armonía, una razón secreta y alta en el desenvolvimiento de las letras; y siendo—aunque protestante—tolerante y amplio en su modo de apreciar la producción estética, su crítica tenía un fondo absolutamente cristiano y estrictamente moral, sin que su religiosidad le impidiese profesar teorías nuevas al plantear los problemas filosóficos que suscita la literatura, ni reconocer y proclamar todos los derechos del arte. Vinet sustentaba que, siendo las palabras expresión de las ideas, por el valor de las ideas ha de juzgarse la obra literaria; y que siendo la literatura expresión de la sociedad, no pueden la crítica ni la historia separar el arte y la vida, que le inspira, le penetra y le presta calor. Así, afirmaba Vinet, escribir, no es tan sólo sentir ó soñar; cada escrito es acción; y la obra escrita, destacándose de su autor, vive con vida

propia. Hoy esto lo ha dicho todo el mundo; Vinet lo dijo primero.

Sainte Beuve se reconoce deudor á Vinet del conocimiento del cristianismo interior, sobre el cual le habían hecho meditar sus estudios acerca de Pascal y el jansenismo. Vinet debió á Sainte Beuve, en cambio, el ser estimado en Francia, á cuya literatura consagró varios libros, alternando con trabajos de propaganda y predicación religiosa.

Después de residir en Suiza, Sainte Beuve viajó por Italia. Por entonces ó algún tiempo después, soñó otro sueño amoroso, lícito, y la formación de un hogar. Se malogró el proyecto, y disipada la última ilusión, nació verdaderamente el crítico. «Estoy difunto—escribía á su amigo Vinet—; y sin emoción ni turbación, me veo así. Sobre este cementerio, luce la inteligencia como una luna también muerta.»

A la luz de tan esplendoroso satélite—muerto ó no—vemos al crítico Sainte Beuve. Es la hora de la colaboración activa en la *Revista de Ambos Mundos* y los folletones de los *Lunes*, Nacen los *Retratos literarios*, con la encantadora sección de los *Retratos de mujeres*, y se revelan la verdadera originalidad y soltura del temperamento: Sainte Beuve está en su elemento, en su agrídulce madurez. Por esos lindos estudios de mujeres, tan delicados, tan sinuosos, tan acariciadores, pudo decir de sí mismo Sainte Beuve, que había «introducido la elegía en la crítica». Y he aquí como su sagacidad le enseña, que la crítica es siempre

obra de sentimiento y de arte, bajo capa de erudición.

Por entonces trabó Sainte Beuve cariñosa y fiel amistad con una señora medio literata, madama de Arbouville, y volvió á frecuentar las tertulias aristocráticas, de matiz intelectual. Es el período, nos dice un biógrafo, del «Sainte Beuve de salón, algo mundano». El ingreso de Sainte Beuve en la Academia no fué cosa llana. Víctor Hugo, ya su enemigo, votó contra él once veces, y fué, sin embargo, el encargado de contestar á su discurso.

La revolución de Febrero, la caída de los Orleans, desagradaron á Sainte Beuve. No era afecto al Gobierno, y hasta casi figuraba en la oposición, pero le horrorizaban el desorden y la anarquía revolucionaria. Amigo de la tranquilidad, de la paz fecunda, de lo duradero, le parecía prematura la revolución. Aceptó las proposiciones que le hacían desde Lieja y salió de Francia, para profesar un curso de literatura. El asunto fué *Chateaubriand y su grupo literario*. No falta quien vea en este estudio dureza, ensañamiento con el poeta, muerto hacía poco, y á quien Sainte Beuve, en vida, ensalzó calurosamente. La cuestión es, cuando menos, discutible. La hora de la muerte pide al creyente oraciones para el alma; pero para el crítico, señala el momento en que se puede hacer la autopsia, diseccionar fibra por fibra. No llego á persuadirme de que Sainte Beuve, ni en ese trabajo ni en artículos posteriores, ejercitase sana venganza contra Chateaubriand, de quien

ninguna queja tenía. ¿Por qué no se ha de reconocer que, ante la posteridad que ya empezaba para el autor del *Genio del Cristianismo*, obedeció Sainte Beuve á su naturaleza de crítico, á quien le pica la lengua cuando tiene sin decir una verdad?

Al volver á Francia, en 1849, empezaron sus *Pláticas del lunes*, publicadas en *El Constitucional*, y luego en el *Monitor*, ya bajo el segundo Imperio. Poco después, sobrevino el episodio de su profesorado en el Colegio de Francia y las tumultuosas manifestaciones de la juventud escolar contra él. Fueron tan brutales, tan ofensivas, que el curso no pasó de la segunda lección. Sin duda Sainte Beuve, como todo crítico serio, habíase creado enemigos, y mortales; pero la demostración obedecía á móviles políticos; silbaban al literato acusado de estar á bien con Napoleón III. A razones de tal índole responden esas algaradas, eterna vergüenza de las mocedades sin cultura, sin nociones de veneración intelectual, que no se han enterado del valor del talento en grado genial, ni sienten el peso de un cerebro enriquecido con los dones de la sabiduría.

No buscan estas muchedumbres, en apariencia ilustradas y en realidad inferiores al pueblo analfabeto, sino aquello que halaga sus fanatismos, y acaso hablen de Inquisiciones históricas, siendo ellas, en puridad, la Inquisición de la ignorancia. Sainte Beuve, en aquella ocasión, llegó á temer por su vida, y no salía á la calle sino armado de un puñal. Sin llegar á

tales extremos, iremos viendo en otros hombres muy ilustres franceses la presión de la multitud, que pocos saben desdeñar, como la desdeñó Taine.

El curso que no pudo profesar Sainte Beuve, lo coleccionó en un libro sobre *Virgilio*. Hecho lo cual, y dando un adiós definitivo al profesorado, continuó sus trabajos de literatura; pero no tardó en emprender otra campaña menos digna de recuerdo: la anticatólica, situándose al lado de los librepensadores en las cuestiones pendientes y debatidas entonces entre Roma y el imperio francés.

Se ha sospechado, y acaso con razón, que si un espíritu tan literario, tan refinado como el de Sainte Beuve, se decidía á tomar partido en semejante pleito, era que buscaba la popularidad, no obtenida en nuestros tiempos sino á condición de besar la pezuña de macho cabrío del sectarismo. Es la historia de muchos, y no dejaría Sainte Beuve de haber notado el incremento de la fama mundial de su antiguo amigo Hugo (á quien él calificaba de «naturaleza bárbara»), mediante la política. No comprendía Sainte Beuve que para lograr ciertas apoteosis era él demasiado letrado. No dominaba el lenguaje burdo y expeditivo de las propagandas, á pesar de intentar asimilárselo y de incurrir á veces, voluntariamente de hijo, en groserías y faltas de tino y gusto, en sus ataques á Laccordaire — su antiguo colaborador en la novela *Voluptuosidad* —, á Falloux, á Bossuet, á Bourdaloue, á glorias francesas que debiera

respetar, ya que no como patriota, como crítico fino y buen catador de prosa noble y bella.

De esta época es su colección de *Retratos contemporáneos*. Triste es decirlo: de allí á poco las campañas contra los que (ni más ni menos que el cancionero Béranger) llamaba los «hombres negros» le valían lo que no le valieron tantos servicios á las letras: un aura de popularidad, el puesto en el Senado. Convengamos en que si la «juventud» había sido brutal con Sainte Beuve, los poderes públicos y el mismo Emperador no se acordaron mucho del santo de su nombre. Se le hizo desear la senaduría, se le brindó á cambio de complacencias humillantes. Napoleón III, un día, le dijo sonriente: «Le leo á usted mucho en *El Monitor*.» Y hacía tres años que Sainte Beuve no escribía en tal periódico:

En el Senado se significó con un discurso en defensa de Renán ó, como se dijo entonces, del ateísmo en la enseñanza. A esta apología siguió la de Rousseau, Proudhon, Voltaire, Jorge Sand, á quien se quería excluir de las bibliotecas públicas. Y entonces los estudiantes y los normalianos se mostraron entusiastas del escritor á quien quisieron antes arrastrar. Naturalmente, Sainte Beuve exageró la nota, y su campaña política y social se acentuó en contra de la Iglesia. Sus cánticos á la ciencia y contra la libertad de enseñanza; el crudo y achatado materialismo de que hizo gala en la tribuna, le ganaron prestigios. No sé si Sainte

Beuve estaba de buena fe al arreglarlo todo con la ciencia.

Por tal camino, su prestigio fué en aumento y llegó al colmo cuando ya, poco antes de la guerra franco-prusiana y la caída del último Bonaparte, percibiendo con sagaz olfato la desorganización del régimen, lo atacó y señaló de antemano sus faltas y sus errores. Si vive Sainte Beuve dos ó tres años más, tal vez forma Ministerio, como otros, al proclamarse la república, ante la invasión extranjera y el desastre. Pero se acercaba silenciosa la Segadora, y el año 69, en Octubre, se presentaba á Sainte Beuve. La última voluntad del gran crítico era un acto de sectario: un entierro civil.

Tal fué el hombre: y sobre su carácter y las flaquezas de su alma, los juicios son generalmente duros. No intento una apología, ni esto tiene nada que ver con que Sainte Beuve—rencoroso, egoísta, sensualista, lo que se quiera—, sea acaso, en el terreno de la crítica estética y de la historia literaria, el único crítico que se tiene de pie ante la posteridad. No haber logrado la fama, ni aun la consideración que merecía; haber visto surgir, fundadas el absurdo, en pugna con el buen sentido, reputaciones estruendosas, mientras la suya sólo alcanzaba á merecer una cencerrada de estudiantes, pudo pervertir y agriar su corazón. Los hombres se forman á sí propios, cuando son de tan alto valer, pero también los forma su época, la suma de error é injusticia de sus contemporá-

neos. He aquí lo que puede alegarse en abono de Sainte Beuve.

Y viniendo á lo que debe elogiarse sin restricción, y á lo que tan profundo surco ha abierto, diré que, eclipsado un momento por Taine, hoy vuelve á ser sumo más ilustre y quizás victorioso rival, porque, según la frase de Armando Carrel, que aplica á la literatura, Sainte Beuve tuvo la suerte ó el instinto de no afiliarse, y no lleva el peso muerto de un sistema cerrado. Todo cuanto ha deslumbrado, pareciendo novísimo, en Taine, lo había formulado claramente Sainte Beuve, pero sin asomos de rigidez sistemática, con esa flexibilidad y esa mezcla de reserva y malicia, que son la flor de la comprensión en tales materias. Porque, como la historia, la crítica, que busca en las letras la más alta y profunda expresión social, no será nunca una ciencia análoga á la química, la física y las matemáticas.

Sainte Beuve, atraído en su juventud (sabemos cómo y por qué) al romanticismo, acertó á juzgarlo y supo zafarse de él á tiempo, sin caer por eso ni en un clasicismo anacrónico, ni sumarse á los moralistas, ni encerrarse en el esteticismo de Gautier. De todas estas direcciones recogió algo su mente, ávida de conocer, capaz de entender, servida por una erudición nutridísima, que le ha permitido legarnos un monumento. Hay quien sólo estima, en la labor de Sainte Beuve, sus juicios sobre literatura moderna, la reseña que hace del movimiento literario desde el romanticismo al triunfo del

realismo. Si Sainte Beuve no estuviese preparado por trabajos de crítica retrospectiva, no hubiese podido dominar su época. El que ignora lo pasado, no entiende lo presente. Sin duda, existió en Sainte Beuve predilección por los clásicos, y alguna severidad, confitada en comprensividad, hacia los contemporáneos—estoy hablando de sus últimas etapas—; pero, ¿quién sabe si esta tendencia no es señal de la percepción del crítico, convencido de la inevitable inferioridad de una época en que la tradición nacional se ha roto?

Hasta tal punto sentía Sainte Beuve que el pasado es la raíz necesaria de lo presente, que cuando quiso hacer campaña por el romanticismo, se dedicó, como sabemos, á buscarle antepasados, genealogía. Y es que para él las letras, según las enseñanzas de Vinet, eran profunda realidad humana. No las concebía sin raíces, sin enlace estrechísimo con las demás grandes corrientes de la vida.

Dijose de Sainte Beuve que era un buen juez, pero sin código, y él protestaba: tenía su código, vaya si lo tenía, dictado por la práctica, por la observación. Y ese código prescribe no aislar la producción literaria del productor, y procurar conocer, en los autores, la tierra natal y la raza, los atavismos, los datos de familia, las influencias de sus estudios y de sus compañerismos, sus ideas religiosas, su modo de ser en cuanto al amor y al dinero, sus debilidades y sus vicios. Al recordar que Sainte Beuve fué el primero en formular principios

que de tal modo han cambiado las orientaciones de la crítica, y reconocido lo glorioso de la novedad, no quisiera, sin embargo, admitir la infalibilidad del método; desearía, una vez más, poner en claro lo que por científico se entiende; porque si ese método, tan análogo al de Darwin en la filosofía natural, fuese verdaderamente científico, daría resultados exactos, y dista mucho de darlos, aunque sea asombroso instrumento de indagación. Se fomenta un engaño, no distinguiendo bien las atribuciones y límites de las que indistintamente se llaman ciencias. La ciencia, es la certeza del dato adquirido. Lo demás, mera investigación, subjetivismo acaso.

Que cualquiera de nosotros—un autor—repare su vida, concrete sus gustos, sus aficiones, sus antecedentes de familia y raza y tierra, y mil particularidades más que conoce, como no puede conocerlos el crítico más sagaz, y diga si de todo ello se sigue necesariamente que haya escrito lo que ha escrito y no otra cosa. Hasta es frecuente el contraste entre los antecedentes de la obra y la obra misma. No cabe clasificar los espíritus como se clasifican las plantas ó los animales, á lo Cuvier; hay en el alma humana algo inclasificable. El hombre no se conoce ni á sí mismo, y en la libertad y espontaneidad de su psicología reserva sorpresas—capa tras capa, de agua profunda.

Por otra parte, con el método de Sainte Beuve, por Taine sistematizado, no podríamos aplicar la crítica á las obras maestras del genio en

la antigüedad; seguramente ignoramos, ó conocemos por dudosas leyendas, los datos exigidos. Aplicado con prudencia y delicadeza, el método da fruto, y sobre todo, desde que se ha proclamado, hay que contar con él; no se hace la crítica como se hacía antes; no la hace ni el más refractario á los procedimientos preconizados por Taine y Sainte Beuve. No se ha extendido solamente á la crítica literaria: su acción, quizá más enérgica, trasciende á la historia.

Es preciso recordar nuevamente á Vinet, que pensaba como Sainte Beuve, y antes, que lo que importa descubrir bajo la obra de arte es el hombre. Sólo que—agregaba—el hombre es la combinación de cualidades que distingue á uno de entre los demás y hace que no se confunda; la individualidad, en resumen. Y la individualidad es cosa rara, más rara de lo que parece. Ni todos se distinguen por un sello propio, ni siempre el talento es signo de individualidad, ni la individualidad, fuerte y marcada, señal de talento. Distinción y observación exactísimas. Y, sigue diciendo, la necesidad de buscar al hombre en el escritor tiene por objeto la penetración más íntima de la obra. Vamos tras los efectos de esa individualidad que, como nota perfectamente Brunetière, si puede proceder de influencias de medio y de raza, á su vez habrá de ejercerlas sobre la raza y sobre el medio.

Entendido así el método de Sainte Beuve, se elevaría sobre el nivel de la curiosidad psicoló-

gica, y poseería una regla firme de crítica, la comprobación de la originalidad, que en la individualidad se basa, y acaso está identificada con ella.

Los que acusaban á Sainte Beuve de carecer de código, pudieran decir más bien que carecía de convicciones. Gautier, por ejemplo, las tuvo; creía en la estética. Sainte Beuve, ni aun en eso. Y, mírese como se mire, hay que relacionar este vacío de Sainte Beuve con la extinción de sus creencias religiosas. Al hacerse escéptico en religión, contrajo también el escépticismo estético. No sintiendo el temblor de la hermosura, quedóle, para fundar su crítica, el gusto, la exquisitez del tacto, la percepción; los dones meramente críticos, que poseyó como ningún otro.

Tenía el mérito de la constancia en el trabajo y la probidad de lastrar sus artículos, preparándolos con incansable indagación. Nadie fué menos pedante, y nadie se informó más honrada y seriamente que Sainte Beuve. Y este caudal de noticias, seleccionado y depurado con el tino admirable, con el sentido de la proporción y la oportunidad que poseen las inteligencias luminosas y analíticas, hace que la labor de Sainte Beuve, macerada en los jugos de la sabiduría, sazónada con todas las especias raras y gustosas del ingenio, no haya perdido, para los amigos de lecturas sustanciales y educadoras, nada de su sabor y encanto. Ora trace con segura mano un retrato de cuerpo entero; ora evoque una figura histórica ó un episodio lite-

rario, Sainte Beuve es siempre el juez esclarecido, el anatómico certero, el guía incomparable. Ajeno al proselitismo y á la declamación, fértil en insinuaciones, en advertencias indirectas; corrigiéndose á sí mismo antes que tenga tiempo el lector de corregirle; rico en sentencias y en moralejas de experiencia amena, sin el tono fastidioso de la vejez, debemos aplicarle lo que de la lectura en general decía madama Roland: «Cuando nos limitamos á leer, nada aprendemos; hay que cocer en su propio jugo las cosas que nos interesa conservar, y penetrarse de su esencia.»

Entre los aciertos de Sainte Beuve debe contarse su penetración para darse cuenta de la evolución literaria que se preparaba y que iba cumpliéndose durante los años de la transición. El, á quien solían calificar de «realista», comprendió el advenimiento del realismo y la tendencia positiva que se iniciaba, y entonó un cántico á la realidad. «Eres, decía, el fondo de nuestra existencia, y tus mismas asperezas y rudezas tienen hechizo.» Y á renglón seguido, con la perspicacia peculiar de los que desconfían, añadía, profetizando: «Y, sin embargo, realidad, acabarás por ser repulsiva; se hartarán de ti. A menudo eres achatada, vulgar, aburrida. Nos basta con encontrarte en la vida á cada paso; queremos que en arte, *sin dejar de estar tú presente*, haya algo más que tú. Necesitamos algo que te complete, que te haga cristalina, admirable y bella; necesitamos lo que se llama el ideal.»

Existen individualidades—pocas ciertamente—en quienes la inteligencia hace veces de corazón, de conciencia, de moralidad y de todo. Sainte Beuve es de ese número escaso, escogido. Por la inteligencia llegó, en su prosa, no sólo al idealismo, sino al sentimiento, á la emoción, á la sensibilidad. Musset, Jorge Sand, no han escrito sobre el amor un párrafo más bello que el de Sainte Beuve, que encontramos en los *Retratos de mujeres*, en el estudio consagrado á madama de Pontivy.

Todo lo que voy diciendo es un juicio de conjunto; no trato de discernir á Sainte Beuve la infalibilidad. Que sus juicios sean rectificables... Lo contrario sería lo asombroso. Cuando la labor de un escritor representa el material más rico para gran parte de la historia literaria de su país; cuando nos lega unos sesenta volúmenes de valor incontestable, una copia de datos y apreciaciones deslumbradora, ¿no han de tener nada que añadir y que corregir los venideros?

Y cuando ese mismo escritor ha inter venido tanto en las luchas literarias de su época, ¿cómo exigirle una equidad estricta, un acierto absoluto en las opiniones, casi nunca serenas, acerca de los contemporáneos? Injusta ó no, la declaración de un testigo ocular—y un testigo como Sainte Beuve—tiene siempre inmenso valor, y yo también lamento que no nos haya legado una *Historia del romanticismo*, para la cual poseía tantos documentos.

Leyendo hoy á Sainte Beuve, no causa la

impresión de «viajero errante», de criterio sin unidad. La unidad de Sainte Beuve está justamente en su misma condición, en su repugnancia á entregarse y á moldearse cual los demás quisieran; en lo que él llamaba «acercarse al tocino, pero no caer en la ratonera nunca». Esa era su individualidad y, por tanto, su originalidad, de la cual anhelarían privarle, al pretender que cambiase, que se parase, que fuese un seide y un vinculado.

Detractores los tuvo muy apasionados Sainte Beuve, y hemos visto que careció, hasta poco antes de su muerte, de esa aura de popularidad que defiende los errores literarios. Mientras Víctor Hugo era endiosado, recordemos cómo se trataba á Sainte Beuve. Sin ir más lejos, los incondicionales partidarios de Hugo, los que ven en las letras un medio de propaganda política y social, y quieren que se escriba «para elevar al pueblo», «para mejorar la condición humana», estuvieron contra Sainte Beuve. Es, ¡oh dolor!, una de las formas de la sandez contemporánea.—Se le acusó de indiferentismo, de venganzas pequeñas, de omisiones voluntarias y, para decirlo de una vez, de envidia; los unos no le perdonaban que no hubiese sido «guía y consolador de la humanidad» como fueron Hugo y Quinet; los otros clamaban por que elogiara á Claudio Bernard más que á Balzac. Zola, indignado con tal injusticia, supone una antipatía natural entre el autor de la *Comedia humana* y el autor de *Los Lunes*. Sería más natural suponer un error de óptica, de esos que

se cometen por ver los objetos demasiado cerca.

Respecto á Balzac, la escasa benevolencia de Sainte Beuve es tanto más sorprendente, cuanto que el monumento de la *Comedia humana* y el de la crítica de Sainte Beuve se completan, y la evolución de ambos escritores es la misma, hacia la realidad, hacia el documento, hacia el ambiente, hacia el hombre, hacia las individualidades. Naturalmente, en Balzac ha de predominar lo dramático y lo pintoresco, y en Sainte Beuve lo analítico y lo erudito. Los dos gloriosos escritores son, sin embargo, los que abren á la literatura y al arte caminos nuevos y diferentes; los que, sin combatirlo, procediendo de él, dan al romanticismo el golpe mortal, preparan la nueva etapa, y con su ahincado análisis, en medio de yerros, de desorientaciones, el porvenir. Ni en la novela, ni en la crítica, se irá más allá de Balzac y de Sainte Beuve.

Los que le increpan por no haber construído el sistema que Taine fabricará aprovechando las ideas de Sainte Beuve; los que le quisieran humanitario, cosido á los faldones de algún utopista; los que le piden que tartamudee de veneración y de asombro ante Víctor Hugo; los que, en suma, le desean tan distinto de sí propio—pretenden, sencillamente, robarle su *yo*.

Al defenderlo, al obedecer á su naturaleza crítica y compleja y elástica, Sainte Beuve es el representante genuino de la transición.



XIV

La crítica.—Los discípulos de Gautier: Pablo de San Víctor, Montégut, Schérer.—Una influencia general: Francisco Sarcey.—Hipólito Taine: el momento; los primeros "intelectuales"; la invasión de la ciencia.—El sistema de Taine.—Digresión.—Objeciones.—Personalidad de Taine.—Juicio de Sainte Beuve.—Taine filósofo.—Sus mejores obras.—Renán.—¿Es un crítico?

AUNQUE Teófilo Gautier, de influencia tan extensa y prolongada, no fundó escuela, y ni los parnasianos, más adelante, le reconocieron por jefe, hay un crítico, que es abiertamente discípulo suyo: Pablo de San Víctor, Conde de San Víctor, secretario de Lamartine, crítico dramático y de arte en varias grandes publicaciones, y escritor prestigioso, brillante, exaltado, de imaginación que chispea, y capaz de hacer creer, cuando habla de una obra ó de una persona, que está revelándonos ignoradas y magníficas bellezas, hechizos del arte nunca sentidos. De San Víctor se dice que nadie tuvo